

Seréis odiados de todos por causa de mi nombre

«Seréis odiados de todos por causa de mi nombre» (Mt. 10 22). Así, divino Profeta, nos hablas a nosotros, tus discípulos, tus amigos, tus hijos, tu familia, tu Iglesia. Y esa gente a la que llamas «todos» es la que forma el mundo, cuerpo e iglesia de Satanás.

1º Seremos odiados del mundo.

Ellos nos odian, y nos odian a todos sin excepción; y sabiéndolo o no, incluso queriéndolo o no, por instinto, por fuerza, unánimemente, nos odian todos los del mundo: *somos el enemigo*. Nos han odiado en el pasado, nos odian en el presente, y nos seguirán odiando en el futuro, y en todas partes, e implacablemente, como no se odia a nadie más en este mundo. Nos difaman, nos calumnian, se burlan de nosotros, nos veján de mil maneras, sabia e industriosamente, sirviéndose para ello de toda arma y de las cosas más triviales, como el teatro y la canción, y de las cosas más santas y elevadas, como la ley y el poder doméstico o civil. No se detienen ante nada, si siquiera ante la evidencia; no retroceden ni se frenan ante nada: ni ante la injusticia flagrante, ni ante la mentira desvergonzada, ni ante los excesos más monstruosos y detestables. La sola muerte no les basta para traducir este odio, y menos aún para saciarlo; siempre sentirán la necesidad de añadir suplicios y tormentos; violarán nuestros mismos sepulcros, dispersarán nuestras cenizas; hablarán y escribirán para condenar nuestra memoria y suprimirla, si posible fuese, del recuerdo de los hombres.

Y esta es la historia perpetua, la historia universal de las relaciones del mundo con la Iglesia de Dios. Es la historia que va desde la palabra oficial de nuestros perseguidores paganos, que llamaban a tus hijos «la execración del género humano», hasta la expresión del infame Voltaire, que trataba de infame a tu Iglesia, a tu obra y a tu propia persona. Y aún no ha terminado, ni terminará nunca; incluso irá en incremento hasta que tu juicio establezca entre el mundo y nosotros esa separación decisiva que será nuestra liberación, y cree entre nosotros ese abismo infranqueable que la Escritura llama «el gran caos» (Lc. 16 26).

Pero ¿por qué, Dios mío, este odio insensato, obstinado, furioso? Si sólo se tratara de nuestras personas, sería con todo injustificable; pues quienes así nos odian son nuestros hermanos en Adán. El hecho de que se hayan sometido bajo el yugo de quien es

el odio personificado, y obedezcan a sus inspiraciones, no cambia el fondo de su naturaleza. Y esa naturaleza es también la nuestra, y según ella todos somos hermanos.

2º No precisamente por nuestras faltas.

Verdad es que cometemos faltas; pero ¿quién no las comete en este mundo? Y si nuestros hermanos del mundo acusan a alguno de nosotros, ¿no estás tú, divino Maestro, en condición y en derecho de decirles: «*Quien de vosotros esté sin pecado, eche la primera piedra*»?

Pecamos, es verdad, pero en realidad mucho menos que los demás, justamente porque te conocemos mejor a ti, y te tememos más, y aunque aún no te amemos lo bastante, queremos con todo amarte, recurrimos a ti por la oración, y recibimos tus divinos sacramentos. Por estas mil razones, muy fuertes todas ellas, pecamos menos que quienes no andan por tus caminos. Y siempre habrá entre nosotros quienes jamás pequen gravemente, e incluso hayan vivido sin hacerlo. Otros hay que son santos y que, unidos a ti, reparan sobreabundantemente los pecados de los más débiles. Y aun aquellos mismos de los nuestros que han pecado gravemente, nuestros criminales por así decir, ¡cuán a menudo terminan, a ejemplo del buen ladrón, por detestar públicamente su crimen, humillándose ante el derecho, satisfaciendo a la justicia, y pidiendo al cielo y a la tierra un perdón que, por parte del cielo al menos, nunca les es negado!

Además, si faltamos al orden o cometemos una falta, ¿acaso es por ser cristianos? Por supuesto que no; y si no quieren hablar como fanáticos y obstinarse en la mentira, aquellos mismos que nos odian se ven obligados a reconocerlo: nunca pecamos por ser cristianos, sino por ser hombres, y dejando de ser cristianos en nuestras obras, aunque sigamos siéndolo por la fe. Y es que todo pecador va contra Dios, contra la Iglesia, contra la ley, contra todos los principios que de hecho y de derecho regulan su conciencia. No puede cometer el mal sino a condición de ser inconsecuente.

Pero, por lo demás, ¿es que ese mundo, tan severo con los pecadores, y que ante nuestras caídas se hace el escandalizado y las difunde con indignación a los cuatro vientos, es tan contrario al pecado como pretende decirlo y parecerlo? No. No sólo lo disculpa en sus miembros, sino que los empuja a cometerlo; ¡y cuántas veces, cuando lo han cometido, los alaba por todo lo alto! Por lo demás, el que comete el pecado no hace sino aplicar los principios del mundo; y si aquellos a quienes el mundo distingue con su triste amistad conservan alguna medida de honestidad y de justicia, sólo es porque carecen de osadía y sobre todo de lógica. ¡Hipócritas, corazones dobles, jueces inicuos, decía Jesús, que en los labios tenéis la justicia, una justicia rigurosa y dura, mas por dentro sois presa de una corrupción que espanta! (Mt. 23 27).

3º Sino por causa del nombre de Cristo.

«Si vosotros fuerais del mundo, nos dices tú, buen Jesús, el mundo reconocería en vosotros su espíritu, e hicierais lo que hicierais, os amaría y aplaudiría;

pero como no sois del mundo, por eso el mundo os odia» (Jn. 15 29). Mas, como enseguida dices, adorado Doctor mío, lo que el mundo persigue así en nosotros, no es a nosotros, sino a ti, a quien ha odiado el primero y más que a todos los demás. Seréis odiados de todos *«por causa de mi nombre»*, en razón de lo que sois para mí, de lo que yo soy para vosotros, y sobre todo de lo que yo mismo soy.

Oh Jesús, ¿puede esto caber en la imaginación? Tu nombre es el nombre de Dios, el nombre tres veces santo, adorable y amable; tu nombre es el de un Dios que entra espontáneamente en nuestra humanidad, el de un Dios que por nosotros se hace Pastor y Preceptor, Salvador y Redentor; el nombre, por consiguiente, de la luz que resplandece y llena con su claridad nuestra pobre atmósfera; el nombre del amor que obra entre nosotros con más misericordia y más de cerca; el nombre del perdón que se presenta ante el culpable, de la paz que se vuelve conciliadora con quienes la han turbado, de la gracia que se derrama, de la alegría que se ofrece, de la belleza infinita que se muestra a nosotros bajo nuestros propios rasgos, de la felicidad que viene a decirnos que es nuestra amiga y nuestra hermana. ¡Dios mío! ¡Este nombre! ¡Tu nombre! ¡Y a todos ofreces este nombre de gloria y de vida eterna! Quienes lo reciben y lo llevan deberían ser admirados y envidiados por todos. ¡Pues no! Se los odia precisamente porque lo llevan. Humanamente hablando, esto no tiene explicación; y así como no se explica que este nombre divino se haya hecho nuestro sino por tu intervención directa y personal, que es un misterio de bondad y de amor, del mismo modo el hecho de que este nombre sea odiado, y odiado hasta tal punto, es incomprendible sin la intervención personal y la acción de tu antiguo, inmortal e implacable enemigo, el ángel rebelde y caído, el ángel de las tinieblas, el príncipe e inspirador del mundo, Satanás, el orgulloso sin arrepentimiento, el rencoroso sin entrañas.

Pero ¡qué honor para nosotros, Salvador mío, ser tratados por él como tú mismo lo fuiste! ¡Qué condecoración es este odio! ¡Cuánto nos distingue! ¡Qué bien nos queda! ¡Qué signo tan magnífico de tu amor por nosotros, y de nuestra adopción por ti, y de nuestra unión contigo! ¿De qué alegría no es también fuente y título? ¡Y cómo se comprende entonces lo que se dice de tus apóstoles: que *«se retiraron gozosos del tribunal, porque habían recibido afrentas e injurias por tu nombre»!* (Act. 5 41). Desde lo alto de tu amor es sencillo y dulce despreciar este odio; y también es fácil no temerlo.

4º Garantías que Cristo nos ofrece frente a este odio.

Mas sobre este punto quieres darnos una seguridad completa; por eso, después de decir que por causa de ti todo el mundo nos odiará, añades que *«ni uno de los cabellos de vuestra cabeza perecerá»* (Mt. 10 30).

¡Oh Dios mío!, tú todo lo vigilas y guardas; lo vigilas con tu soberana e indefectible inteligencia, y lo guardas con tu omnipotencia. Lo que para nosotros no cuenta si quiera, un cabello de nuestra cabeza, cuenta a tus ojos; y así como tu ojo lo mira, así se encarga de él tu providencia. Nuestras nada son algo para ti; y a lo que nosotros no le dedicamos ni un pensamiento, ni una nostalgia, ni un recuerdo, a eso mismo aplicas tu solicitud. Para darnos mejor a entender hasta dónde nos amas, y hasta qué grado inaudito te es querido todo lo que nos pertenece, hablas de uno de nuestros

cabellos. ¡Dios mío! Si para que caiga en tierra uno solo de nuestros cabellos, hace falta una permisión positiva de tu majestad, ¿qué será de nuestros miembros, de nuestro cuerpo, de nuestra vida, de nuestra alma, y de la vida, progreso y salvación de nuestra alma? Así es: si Dios no lo consiente, ningún poder en el mundo puede arrancarme ni un cabello; y si entonces me hacen mucho más, si me hieren y mutilan, si me oprimen y atormentan, si finalmente me causan la muerte, ¿no es porque tú así lo quieres, supremo Señor mío? Y entonces, ¿qué tengo que temer? Todo es gracia y bondad en tu voluntad; y si esta tu voluntad es justa, misericordiosa, adorable y amable aun cuando castiga (Apoc. 3 19), ¡con cuánta más razón lo es cuando prueba, forma y consume a sus santos!

Y no dices tú solamente que sin tu consentimiento no caerá en tierra ni uno de nuestros cabellos, sino que también insinúas que, aún caído o arrancado, «no perecerá». ¿Qué significa eso?

Como el resto del cuerpo, perecerá sin duda en su forma terrena; pero sabemos que en el último día todo nos será restituido, y que nuestro cuerpo resucitará íntegro. Su gloria, si somos santos, irá mucho más allá de esta integridad, pero a fin de cuentas la supone. También en esto tu palabra es verdadera, Doctor mío, y ¡qué delicioso es apoyar en ella las propias esperanzas!

En fin, dices –y esa es tu conclusión práctica, al igual que la condición de esta seguridad perfecta y de esta gloriosa resurrección– que «en la paciencia poseeremos nuestras almas».

Hay que padecer. Tú has padecido por nosotros y antes que nosotros en una medida incomparable; nosotros padeceremos después de ti y como tú. Por fiel y poderosa que sea, tu Providencia no concede aquí ninguna dispensa. Ella gobierna, modera y fecunda nuestros dolores, pero no los suprime. A menudo hace ella más que consentir: interviene en ellos, y a veces no se contenta con intervenir, sino que los suscita e impone. De donde resulta que la paciencia es necesaria a todos, y que, más que una condición a soportar, es un precepto a observar. Como ella entra esencialmente en tus misterios y en tu doctrina, forma inevitablemente parte del sistema de nuestras virtudes. Sólo ella concluye lo que las demás comienzan (Heb. 10 36); ella corona la misma caridad, que es su triunfo en esta tierra y el mayor de sus testimonios. Y uno de sus más hermosos frutos, en espera de los que el cielo le reserva, es que nos da, dices tú, el secreto de «poseer nuestras almas»; es decir, que ella les impide estallar en insumisión, en murmuración, en queja inmoderada, y sobre todo en venganza y odio. Ella hace que el alma, manteniéndose inmutablemente fiel a Dios, reine sobre sus potencias, y por ello sobre el mundo. Ella acaba de embellecer y santificar el corazón en que reside, terminando de hacerlo semejante al tuyo, oh dulce y callada Víctima, ejemplar de toda santidad. Arrancándonos totalmente a nosotros mismos a fuerza de elevarnos por encima de nuestros instintos humanamente más queridos, nos entrega totalmente a Dios, a sus derechos soberanos, a su absoluto beneplácito, a sus perfecciones adoradas, a El en suma, en cuyo trono, templo y reino nos convertimos; lo cual hace que El nos posea al mismo tiempo que lo poseemos nosotros.